

# Perla y Lucy



A veces sucede que los animales nos dan lecciones a nosotros los humanos. Recuerdo a mi perra Perlita, así la llamamos siempre por su color blanco y que, cuando la recogí de la calle con apenas un mes, se enroscaba como una perla. Pues ocurrió lo inevitable, ya mayorcita se embarazó, y aquella cariñosa perrita mostraba sus dientes a todo el que se le acercara cuando amamantaba a sus cachorros.

En cambio, Lucy era una gataza negra pero que tampoco dejaba que se le aproximaran cuando daba de mamar a una profusión de gatitos de diversos colores. Y cada vez que su dueña intentaba llevarla a esterilizar, por muy bien resguardada que fuera, sin explicación, Lucy escapaba. Jamás llegó al veterinario. No fue de mi pertenencia pero sí tuve uno de sus hijos, mi gato Fausto.

Estas anécdotas que recuerdo me sirven para que reflexionemos todos sobre dos temas fundamentales: la necesaria protección a los animales, es decir, las mascotas, que en ocasiones son arrojada sin misericordia alguna a la calle para que deambulen o mueran. Los países civilizados poseen mecanismos para evitar estos maltratos.

El otro tema me recordó el tan llevado y traído «instinto maternal», porque lo he apreciado en los animales, y por supuesto, en las personas. De lo que he leído el instinto se define como una «pauta hereditaria de comportamiento» y existen dos teorías: la biologicista que reconoce el instinto de supervivencia y el de reproducción, mientras que para el controvertido Freud el instinto no existe, sino las pulsiones.

La experiencia de vida de los que hemos llegado a la tercera edad nos ha enseñado que la ciencia es cambiante y no se puede tomar a pie juntillas, pues durante mucho tiempo un medicamento es considerado el mejor para que des-

«Porque ser madre significa desconocer que existe la distancia, el imposible, el obstáculo; porque ser madre significa estar presente en el corazón del hijo esté donde esté...»

Por MARÍA DEL CARMEN MUZIO

pués nos digan que, según tal y cual investigación, es perjudicial; o que para determinada enfermedad lo mejor es un procedimiento que después ha sido obsoleto. Recuerden los que han leído alguna novela histórica o visto en filmes, antes la curación era a base de sanguijuelas. Contemporáneamente, y por solo citar un ejemplo, tenemos al denostado café; ahora resulta que es antioxidante.

Por ello, mis años han visto cómo una madre con su hijo preso por asesinato o robo, o cualquier otro delito, no deja de visitarlo en la cárcel por muy lejana que sea y de llevarle las conocidas jabas. Ni qué decir de la que siente gran ternura desde que el médico le confirma su embarazo y lo defiende a capa y espada. O la que, por desgracia, tiene al hijo en terapia intensiva y no se mueve del hospital, aunque no pueda ni verlo.

Hay una historia hindú de un hombre jugador que debía dinero y le pidieron que llevara el corazón de su madre. Así lo hizo, pero tropezó y el corazón le preguntó ¿te has hecho daño, hijo mío? Esa misma anécdota la recreó un poeta latinoamericano, pero en este caso es la novia quien le pide el corazón de la madre.

Y hablando de poetas, el cubano Enrique Hernández Miyares escribió un soneto sobre la tumba de un soldado mambí y cómo primero la novia dejó de ir, después los amigos, pero la madre se mantuvo toda su vida.

Infinitos son los ejemplos de amor maternal, desde Perlita y Lucy, una tigresa, una leona; y claro que en los seres humanos son más. ¿Instinto o no? Qué importa lo que digan los psicólogos, la ciencia, quien sea, así como María quedó al pie de la Cruz, nosotras las madres sabemos amar.

